

1

Casi nadie en Aleces conocía el motivo por el que Martina estaba allí.

Había llegado hacía un par de meses, en pleno verano, y al principio todos pensaron que se trataba de la típica estancia vacacional en casa de su abuela. La sorpresa vino cuando la vieron acudir al instituto el primer día de clase y comprobaron que su intención era estudiar allí ese año. Raro, tratándose de una chica que hasta entonces había vivido y estudiado en la capital. ¿Por qué querría cambiar de instituto precisamente ese curso, cuando ya le faltaba tan poco para terminar sus estudios?

Su amiga Natalia era la única que conocía su historia. O parte de ella, al menos. Eran amigas desde pequeñas, de cuando Martina pasaba allí sus felices veranos de infancia, y solo a ella le había explicado la causa de su presencia en Aleces.

—Lo pasé muy mal el año pasado, ¿sabes? Bueno, mucho peor que eso... Lo pasé espantosamente mal.

—¿Qué? —se sorprendió Natalia. Hasta entonces, a Martina las cosas solían salirle bien. Era una chica responsable y sensata que huía de meterse en líos—. ¿Los estudios? Porque por Andrés supongo que no sería...

Andrés era el novio de Martina, el de siempre. El que parecía que iba a ser para siempre también.

—Pues sí, fue por Andrés. Me dejó. O sea, no. Yo lo dejé. Cuando me enteré de que me había puesto los cuernos con..., bueno... Con unas cuantas.

—¡Pero qué...! ¡Qué cabrón! —se indignó Natalia, que no salía de su asombro— No puedo creer que...

—Imagínate... Fue un palo, la verdad —suspiró Martina, pero continuó hablando como si sus palabras no tuvieran la gravedad que tenían—. Yo estaba muy colada por él, tú lo sabes, de toda la vida... Así que sin él todo era... Uuufff, imposible... Y un día intenté matarme.

Natalia tardó un segundo en reaccionar, sorprendida a partes iguales por la confesión de Martina y por la indiferencia con que la había hecho.

—¿Qué dices? —susurró.

Martina sacudió la cabeza antes de responder, en un nuevo ensayo de restarle importancia. Se notaba a la legua que era un tema que le desagradaba y que prefería tratarlo con ligereza, no dramatizar, para evitar que los demás quisieran ahondar en él.

—Cogí una caja de pastillas de mi madre... Pero no fueron bastantes, o me pillaron demasiado a tiempo, no sé... El caso es que estuve ingresada unos días, pocos... Me hicieron un lavado de estómago y nada, a casa. Eso sí, vigiladísima, claro. Mis padres no vivían más que para controlarme, me mandaron a psiquiatras, a psicólogos... Cuentistas que solo decían obviedades que yo fingía creer y aceptar.

—¿Y volviste a verlo o... algo? —Natalia era incapaz de procesar la información que recibía de su amiga.

—¿A Andrés? Al principio me mandaba whatsapps todo el rato. Angustiadísimo, ¿sabes? Imagínate si me llego a morir, qué sentimiento de culpa le habría quedado... —Martina intentó una especie de risita que le salió fatal—. Me pidió perdón muchas veces durante aquellos días... Perdón y perdón y perdón... Parecía que no había consuelo para él, que se sentía el ser más despreciable del mundo... Pero nunca volvió a decirme que me quería, ni que se arrepentía de lo que había hecho. Para entonces ya estaba bastante pillado por una de aquellas, así que... Estaba claro, ¿no? Le sabía mal haberme causado daño, pero desde luego no estaba dispuesto a rectificar, ni a pasar de la otra, ni a volver conmigo.

—¡Qué asqueroso!

—Bueno, había que aceptarlo. No se puede obligar a nadie a enamorarse, como tampoco se puede obligar a nadie a dejar de estar enamorado. El amor viene o se va, y no podemos elegir. El problema es que a mí no se me iba, y aunque entre todos trataron de quitarme de la cabeza la idea del

suicidio, la verdad es que me iba hundiendo cada vez más en un estado de ánimo deplorable.

—¿Depresión?

—Eso dijeron. Dejé el instituto y perdí el curso. No valía la pena ni intentarlo, no me veía con fuerzas de hacer nada. ¡Y además, allí estaba él, con su nueva novia, no veas el plan...! Así que abandoné los estudios. Me quedé en casa y, si de mí hubiera dependido, allí seguiría todavía. Pero mis padres, animados por la psicóloga, tuvieron la brillante idea de mandarme aquí, con mi abuela. ¡Cambio de aires, a ver si la niña se recupera...! —concluyó con sarcasmo, imitando la voz de su madre.

Natalia hubiera querido preguntarle tantas cosas... Cómo era aquello de suicidarse, cómo había podido decidirse a hacerlo, si se alegraba de haber fracasado o si por el contrario aún sentía ganas de... Pero era muy difícil abordar un tema tan espinoso. Y Martina, con esa aparente frivolidad con que lo trataba, no hacía más que levantar un gran muro entre ellas dos. Así que Natalia solo pudo decir:

—¿Y... te recuperas?

Martina lanzó un suspiro dubitativo mirando hacia las cercanas montañas que rodeaban Aleces, y finalmente clavó su vista en Natalia con intensidad, con determinación y una ligera sonrisa, esta vez sí, de esperanza:

—Me recuperaré. Cualquiera día de estos.

2

—¡Vaya, quería hacer rosquillas esta tarde! —dijo la abuela—, pero no me queda harina. ¿Te acordarás de pasarte por la lechería al volver de clase? Te pillas de paso, y yo tengo las piernas...

—Claro que sí, abuela —dijo Martina dándole un beso en la frente.

A sus 16 años, no era demasiado alta, pero sí muy estilizada. Tenía una hermosa melena color castaño oscuro, perfectamente lisa, y unos ojos marrón claro con reflejos de miel. Sus rasgos eran armónicos, y no se podía encontrar en ella ni un solo detalle que desentonara con el resto. Martina era una muchacha preciosa sin estridencias, con ese tipo de belleza discreta que casi pasa desapercibida a los chicos y que, como consecuencia, no provoca rechazo en las chicas. Sin embargo, algo en su forma de estar entre la gente la hacía distante. Cordial y muy educada, pero como protegida por una coraza que no permitía traspasar prácticamente a nadie. Solo a los más íntimos.

Al salir de clase entró, como había prometido, en la tienda, y le fastidió observar que había dos personas delante. La tendera hablaba sin prisa con las clientas, así que Martina se entretuvo mirando los carteles pegados en la puerta. Uno de ellos llamó su atención:

SE BUSCA PROFESOR/A PARTICULAR.

LA SOLANA.

Ni un teléfono, ni una referencia más.

A Martina se le ocurrió que quizás podría dar ella esas clases particulares. La asignación que le mandaban sus padres cada mes no era muy alta, y le vendría muy bien contar con algún dinerillo extra.

—¿Querías algo, chiquilla? —le preguntó la tendera.

Ni siquiera se había dado cuenta de que las señoras habían salido y de que era su turno.

—Ah, sí, perdón. Un paquete de harina de repostería —dijo Martina, y dudó un momento antes de seguir—. Oiga, señora, ¿usted sabe algo sobre ese anuncio de las clases particulares?

—Es para el niño, que ha cogido hepatitis y no puede ir al colegio, así que están buscando a alguien que le ayude con los deberes, para que no pierda el curso.

—¿Y sabe usted qué edad tiene ese niño?

—Pues..., unos diez o doce años.

No estaba mal. Ella era una buena estudiante de Bachillerato y podría abordar sin problemas lo que quiera que estudiase aquel niño enfermo, últimos cursos de Primaria o primeros de Secundaria.

—¿Y no han dejado un teléfono o algo para ponerse en contacto con ellos?

—¿Teléfono? No, ¿para qué? Son los de La Solana, ya se sabe... Tendrás que ir allí, no van a contratar a nadie sin verlo, como tú comprenderás —zanjó la tendera con cierta indignación.

Martina no se atrevió a seguir preguntando, aunque ni siquiera sabía qué era aquello de La Solana. Pagó dócilmente, cedió el paso a una niña que en ese momento entraba en la tienda y se dirigió a toda prisa a su casa.

—Abuela —dijo mientras le entregaba la harina—, ¿qué es La Solana?

—¿La Solana? La casa grande. Esa que está a la entrada del pueblo, un poco apartada del resto, en lo alto de la colina...

Martina recordaba aquella casa. Junto con la gran cúpula de la iglesia, era lo primero que se veía al llegar a Aleces desde la carretera.

—¿Y conoces a la familia que vive allí? —preguntó mientras acababa de poner la mesa y se sentaban a comer.

—Solo de vista. Casi nadie los conoce porque no llevan mucho tiempo aquí. Y porque tampoco se relacionan demasiado con la gente —la abuela se quedó unos instantes pensativa—. Parecen un poco raros... Yo, la verdad, no sé cómo se les ha ocurrido meterse en esa casa...

—¿Por qué? —preguntó Martina con curiosidad.

—No, por nada —la abuela se rio por lo bajo—. Tonterías que se cuentan en los pueblos... El caso es que esa casa llevaba vacía muchísimos años. Los anteriores dueños se marcharon antes de nacer yo, imagínate... Y desde entonces, nadie había vuelto a ocuparla. Estaba hecha una ruina. Dicen que estos la han arreglado y la han dejado como nueva, pero...

—¿Pero qué? ¿Qué tiene de raro que las casas se queden vacías y luego vuelvan a ser habitadas?

—Mujer, todo depende de cómo hayan sido las cosas... Yo no sé nada de cierto, pero dicen que a la otra familia, a la primera, se les murió una hija muy joven. Una desgracia... —dijo, y se interrumpió de golpe.

—Vaya... —Martina sacudió la cabeza—. ¿Qué pasó? ¿Alguna enfermedad de esas antiguas?

La abuela se levantó rápidamente y empezó a recoger cosas de la mesa que aún no habían acabado de utilizar. Se la veía nerviosa, claramente arrepentida de haber iniciado esa conversación que las dirigía hacia un tema que de ninguna manera hubiera debido tratar.

—Sí, sería eso, a lo mejor... ¿Vas a querer postre?

Pero Martina, que casi no había probado aún su sopa, no se dejó engatusar.

—¿Qué pasó, abuela? ¿Se suicidó?

La abuela volvió a dejar sobre la mesa los cacharros que había recogido.

—¡Y yo qué sé! ¡La gente habla mucho en los pueblos, pero en el fondo nadie sabe nada! ¡Se murió la chica, se fueron todos y ya está! —soltando un soplido, volvió a sentarse—. Pero bueno, ¿a ti por qué te interesan tanto las historias de La Solana?

Martina le explicó lo del anuncio y la intención que tenía de presentarse. A la abuela le pareció muy buena idea. Le alegraba que su nieta se interesara por hacer algo más que arrastrarse hacia el instituto día tras día, sin deseo alguno de relacionarse con nadie. Así que aprovechó para animarla y ponerla en antecedentes sobre los nuevos habitantes de La Solana.

—Son dos chiquillos, niño y niña. El chico es el mayor. Y viven solos con su padre y algunos criados. Madre no tienen. Yo creía que estarían divorciados, pero dicen que se murió. De cáncer —se apresuró a añadir.

Martina se quedó pensando en la soledad de esos niños en aquella casa tan grande... Al acabar de comer, ayudó a su abuela a recoger la mesa y la

cocina y se encerró en su cuarto. Tenía un examen al día siguiente, pero le resultó difícil concentrarse para estudiar.

Mil dudas la asaltaron durante aquellas horas. No sabía si estaría lo suficientemente preparada para atender a las necesidades de un niño ya mayorcito y de familia adinerada... Se sentía insegura acerca de sus conocimientos y de su capacidad de enseñar.

Los comentarios de su abuela sobre la supuesta insociabilidad de aquella familia también la inquietaban un poco...

Pero cuando esa noche por fin se metió en la cama, había tomado una decisión: iría al día siguiente a La Solana. No quería ser ella misma quien se dijera que no.